



Rusia y Ucrania: algunas claves históricas, identitarias y geopolíticas para entender la guerra

Segunda parte

Russia and Ukraine: some historical, identity and geopolitical keys to understanding the war

Second part

Juan Pablo Zabala

Lic. en Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UCALP). Docente, investigador y director del Instituto de Análisis Político y Electoral (IAPE) de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Católica de La Plata.

Recepción: 15/10/2023 | Aprobación: 22/11/2023

Resumen

En este artículo, nos concentraremos en las relaciones bilaterales ruso-ucranianas a partir de la implosión soviética y en las relaciones entre Rusia y la OTAN en el escenario regional y global, con el objetivo de intentar explicar las principales causas de la guerra actual, y analizar sus dimensiones y consecuencias para el sistema internacional del futuro.

Palabras claves: Rusia; Ucrania; OTAN; guerra; geopolítica; sistema internacional.

Abstract

This article focuses on both the Russian-Ukrainian bilateral relations since the moment of the Soviet implosion and the relations between Russia and NATO on the regional and global stage. That is done in order to try to explain the main causes of the current war, analyzing its dimensions and consequences for the future international system.

Keywords: Russia; Ukraine; NATO; war; geopolitics; international system.

Introducción

El presente trabajo constituye la segunda parte de un artículo ya publicado por la revista *Perspectivas* a finales del año 2022. En ese momento, intentamos rastrear y explicitar algunas claves históricas e identitarias de la relación entre Rusia y Ucrania para poder lograr entender un poco más sobre la guerra actual.

En esta segunda parte, nos concentraremos, sobre todo, en las relaciones bilaterales ruso-ucranianas durante la Posguerra Fría, pero sin dejar de reconocer que la actual guerra tiene dimensiones y consecuencias a escala global, porque los verdaderos contendientes son la OTAN y Rusia, con Ucrania como campo de batalla y con los ucranianos como rehenes de intereses ajenos.

Como nuestro foco está puesto en la explicación de las causas de la guerra, no ahondaremos en la coyuntura crítica del conflicto, ni especularemos con los objetivos estratégicos y tácticos del escenario bélico, porque está fuera de nuestro interés y alcance poder realizar ese tipo de consideraciones.

Aunque sí esbozaremos hacia el final del trabajo unas conclusiones parciales de lo que, a nuestro entender, puede terminar sucediendo a partir de las consecuencias directas e indirectas de la guerra, tanto para Ucrania como para Rusia y el futuro del orden internacional.

1. Las relaciones entre Rusia y Ucrania en la Posguerra Fría

La independencia de Ucrania significó para Rusia un gran golpe bajo todo punto de vista. Desde lo económico, significó dejar de contar con un gran complejo industrial, con un territorio estratégico para la distribución del gas ruso, y con una de las principales producciones de trigo del mundo. Desde lo identitario y simbólico, Moscú sintió la pérdida de Kiev, como la pérdida de una «madre», porque la primera Rusia, la Rus de Kiev, fue el origen de una historia común de más de mil años.

Pero desde el punto de vista geopolítico, el golpe fue más profundo, porque aumentó exponencialmente la sensación de inseguridad histórica de Rusia, la aisló físicamente de Europa, y la privó de una salida dominante y privilegiada en el mar Negro, que fue la dirección en la que Rusia se expandió históricamente, buscando proyectarse hacia el mar Mediterráneo a través de esa vía.

La importancia geopolítica de Ucrania para Rusia es muy bien descrita por muchos geopolitólogos e internacionalistas, pero también la encontramos en su propio nombre, ya que etimológicamente *Ukraina* significa ‘margen o borde’. Ucrania es un Estado bisagra, una línea de fractura territorial y civilizacional entre Oriente y Occidente.

La definición más difundida, y la más certera, sobre el valor geopolítico de Ucrania es tal vez la desarrollada por Zbigniew Brzezinski en su libro *El Gran Tablero Mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, del año 1997, donde sostuvo que Ucrania era un

pivote geopolítico porque su propia existencia como país independiente ayuda a transformar a Rusia. Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático, para pasar a ser solamente un imperio asiático y perder paulatinamente su estatus de jugador estratégico (Brzezinski, 1997).

Esta importancia estratégica de Ucrania se acrecienta aún más en un período en el que tanto Rusia como el resto de las repúblicas postsoviéticas están atravesando dificultades similares en el proceso de construcción de sus Estados, ya que ninguna pudo escapar a ese contexto de inestabilidad política y económica, producida principalmente por el intento de adaptarse a la economía de mercado en los años noventa.

Mientras Yeltsin intentaba acercarse a Occidente y concentraba ahí su atención y estrategia exterior, las relaciones con Ucrania pasaron por algunos buenos momentos, aunque no estuvieron exentas de tensiones en esos primeros años, como ocurrió con dos temas trascendentales: la posesión de las armas nucleares en territorio ucraniano, que finalmente pasaron a manos de Rusia, y la flota del mar Negro, que pudo continuar siendo operada por los rusos desde la ciudad de Sebastopol, en la península de Crimea.

Las presiones y extorsiones del Kremlin lograron conseguir sus objetivos estratégicos en Ucrania, pero hicieron que el presidente Kravchuk y gran parte de la población ucraniana se terminara refugiando progresivamente en movimientos nacionalistas que aumentaron el rechazo de todo lo proveniente de Rusia.

Más allá de esta situación, en 1994, Kravchuk, que prometía en su campaña acercarse a Occidente y virar hacia una política exterior antirrusa, perdió las elecciones contra Leonid Kuchma, que fue un candidato apoyado por el propio Yeltsin y que gobernó hasta el año 2005.

Igualmente, los presidentes ucranianos, por más que tuvieran una ideología y una política más occidental o más prorrusa, han jugado un rol casi imposible de llevar a la práctica con éxito; ello se debió a que tuvieron que ser verdaderos «equilibristas» de una doble bipolaridad: por un lado, hacia dentro de Ucrania, entre el oeste más occidentalizado y el este más rusificado, y, por otro lado, como peón en una disputa geopolítica global entre las grandes potencias de Occidente y Moscú.

Esta ambivalencia nunca se volcó hacia uno de los extremos, porque ningún presidente ucraniano, consciente de la situación geopolítica de su país, se animó a dar el paso y a pagar los altos costos de integrarse totalmente a Rusia, como así tampoco de ingresar en la Unión Europea o en la OTAN.

Ni siquiera lo intentaron de manera abierta y sistemática Yushchenko y Timoshenko, los líderes de la Revolución Naranja de 2004, más allá de su retórica nacionalista y prooccidental, que llegaron al poder con un fuerte apoyo de Estados Unidos y Europa. Eran conscientes de que, si se alejaban mucho de Rusia, iban a perder las elecciones, como le terminó sucediendo al líder soviético devenido en nacionalista Kravchuk.

Como sostiene Otálora Sechague:

La cobertura mediática de la Revolución Naranja fue tal, que se creó la ilusión del surgimiento de una «nueva élite» que combatiría a las viejas estructuras, desconociendo el enorme poder electoral que tienen los líderes pro-rusos en el oriente del país. (2019, p. 147)

Esta tendencia en política interior y exterior, que se muestra como ambivalente y esquizofrénica en Ucrania «se observa en las constantes rotaciones de los liderazgos y la influencia definitiva de los clanes económicos» (Otálora Sechague, 2019, p. 142).

La ambivalencia que venimos señalando se verifica hacia el interior de Ucrania por los resultados electorales, donde se aprecia de manera clara la fractura existente entre el apoyo que reciben los candidatos prorrusos en el este y sureste del país y el que reciben los candidatos prooccidentales en el norte y oeste del territorio ucraniano.

Esta situación característica del sistema político de Ucrania se vio reflejada en las elecciones de 2010, donde el presidente Yanukóvich logró la reelección con un fuerte apoyo en las regiones del este prorruso, y su adversaria Timoshenko, alineada con las élites europeas, obtuvo un gran respaldo en el centro y oeste de Ucrania, pero no le alcanzó para triunfar.

2. Las relaciones de Rusia y Occidente en la Posguerra Fría

No se pueden entender los conflictos entre Rusia y Ucrania si solo atendemos la relación bilateral entre ambos países, dado el carácter de Ucrania como Estado bisagra entre la civilización occidental y la civilización rusa. Por eso, es necesario tener en cuenta el desarrollo de las relaciones globales entre la Federación Rusa y Occidente, por lo menos desde el fin de la Guerra Fría, aunque atendiendo especialmente lo que sucede en el espacio postsoviético.

Las relaciones entre Rusia y Occidente entre 1992 y 1994, hasta el comienzo de la primera guerra de Chechenia, se caracterizaron por el abandono por parte de Yeltsin y su ministro de Asuntos Exteriores Kozyrev, de una política exterior de «gran potencia».

Durante estos años, los rusos llevaron adelante una política exterior de carácter antigeopolítico, en las que la Federación Rusa se involucraba en cuestiones y regiones donde no estaba en juego su interés nacional, lo que dio lugar a las dinámicas de la humillación, que tan bien describe Hutschenreuter (2011), en varios acontecimientos de ese momento, como las guerras balcánicas, el seguimiento incondicional a Estados Unidos, la adopción de una economía de mercado, la ampliación de la OTAN hacia el este, entre otros.

La política exterior de Yeltsin, en un principio, se manejó con un optimismo propio del idealismo wilsoniano, como si Rusia no hubiera heredado la situación de derrota de la URSS en la Guerra Fría.

Esa concepción utópica de pretendida «igualdad» con los Estados Unidos, sumada a la promesa que Clinton le hizo a Yeltsin para que Rusia se convirtiera en un «asociado estratégico» de

la OTAN, creó en el imaginario de las clases dirigentes rusas la falsa ilusión de que un nuevo sistema internacional multipolar y universalista estaba en marcha, cuando, paradójicamente, lo que se estaba viviendo era el momento unipolar (Krauthammer, 1990), o la superpotencia solitaria (Huntington, 1999) con la consolidación de la hegemonía estadounidense.

Este panorama comenzó a modificarse a partir de 1994 con el inicio de la guerra de Chechenia, y se intensificó, sobre todo, cuando Yeltsin decidió nombrar como nuevo canciller a Primakov en 1996, que le imprimiría a la política exterior su impronta eurasiática, y revalorizaría el espacio postsoviético como un interés nacional fundamental de la Federación Rusa.

Pero no solo la política exterior de Primakov reivindicó al «extranjero cercano», sino también a los eslavos del sur, con el respaldo al gobierno de Milosevic en Yugoslavia ante las críticas occidentales por violación a los derechos humanos.

También el restablecimiento del poder ruso se demostró en el mayor margen de autonomía que adquirió su política exterior, lo cual dejó en claro que, más allá de la opinión estadounidense, Rusia iba a seguir vendiendo armas a regímenes autoritarios, como el iraní, el sirio, o al dictador iraquí Sadam Hussein.

En el año 2000, a partir de las elecciones en las que triunfó Vladimir Putin, el orgullo nacional ruso y el poder del Estado atravesaron por un proceso de restauración muy importante, que llega hasta la actualidad.

Putin en su primer mandato, hasta el año 2004, si bien se dedicó principalmente a restaurar el Estado, en política exterior mantuvo buenas relaciones con Occidente, aunque sin dejar de marcar, hacia el final de ese período, los excesos occidentales en la injerencia en los Estados que habían pertenecido a la esfera de influencia soviética, denunciando la ampliación de la UE y la OTAN hacia el este.

En los primeros años de su mandato, hubo un acercamiento a Estados Unidos, sobre todo a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, donde Putin fue el primer presidente en comunicarse con Bush y en transmitirle el apoyo de la Federación Rusa para la formación de una coalición internacional antiterrorista.

El presidente Putin utilizó esta coalición con un doble objetivo: acercarse a Occidente y a Estados Unidos en el plano internacional, y legitimar la «guerra contra el terror» en el plano interno, aunque, a diferencia de Bush, nunca planteó esta guerra en términos de «choque de civilizaciones», porque viven en la Federación Rusa unos veinte millones de musulmanes, por eso eligió el término más vago de «lucha contra el terror».

Sin embargo, Rusia también pagó caro en su propio territorio esta alianza, por los diferentes atentados terroristas que se sucedieron vinculados a la resistencia islámica de los musulmanes chechenos, como la masacre en el Teatro Dubrovka de Moscú en 2002 o en la escuela de Beslán en 2004.

También el yihadismo internacional golpeó a Rusia por su participación en los conflictos de Medio Oriente, y perpetró atentados en suelo ruso, como el del aeropuerto Domodedovo en 2011 o el de Daguestán en 2015.

En 2003 con la intervención estadounidense en Irak, bajo el pretexto de la posesión de armas nucleares y bacteriológicas por Saddam Husein, la comunidad internacional rompió el consenso logrado en la guerra contra el terrorismo internacional, y tanto Rusia como China, Alemania y Francia se opusieron a la intervención.

Luego de la masacre de Beslán, en 2004, se inauguró una nueva fase de las relaciones de Rusia con Occidente, caracterizada por la tensión política y los cruces diplomáticos. De hecho, desde el Kremlin surgieron algunas voces críticas para con Estados Unidos y la Unión Europea por haber dado asilo a opositores chechenos, a través de denuncias por injerencias occidentales en ese conflicto.

Igualmente, los principales problemas comenzaron a partir del fomento, por parte de Occidente, de golpes de Estado al utilizar el descontento popular en varios países de la esfera de influencia tradicional de los rusos.

3. Las revoluciones de colores y la expansión de la OTAN hacia el este: el cerco a Rusia

La primera «revolución de color» se produjo en Georgia en noviembre de 2003, donde se la denominó «Revolución de las Rosas»; un año después, en noviembre de 2004, la «Revolución Naranja» ucraniana, y, finalmente, la «Revolución de los Tulipanes» o «Revolución Amarilla» en Kirguistán en marzo de 2005.

La característica común que tuvieron estas revoluciones son las protestas ciudadanas contra la corrupción, el fraude electoral, la represión policial y la crisis económica de gobiernos alineados políticamente con Moscú. Detrás de estos reclamos, estaba la mano visible de Estados Unidos y la Unión Europea, que apoyaban a las élites opositoras, formadas en Occidente, que terminaron instalándose en el poder y desarrollando gobiernos prooccidentales.

La Revolución de las Rosas sacó del poder a Eduard Shevardnadze, excanciller de Gorbachov, que ejerció la presidencia en Georgia desde 1995 hasta 2003. Se instaló en el poder Mijail Saakashvili, líder nacionalista georgiano, prooccidental, que gobernó hasta 2013.

Las regiones de Abjasia, Osetia del Sur y Adjaría son regiones separatistas protegidas y reconocidas por Moscú como repúblicas independientes. En 2008, el presidente georgiano cometió un error estratégico y quiso invadir Osetia del Sur, para restablecer la soberanía georgiana plena en ese territorio, escindido desde el mismo momento de la caída de la URSS.

Saakashvili, confiado por el supuesto apoyo de la Unión Europea y de la OTAN, que desde hacía tres años le prometían el ingreso de su país a esas organizaciones occidentales, invadió

Osetia del Sur en agosto de 2008, pero encontró la respuesta inmediata de Moscú, lo que desató una guerra relámpago en la que las fuerzas del Kremlin se impusieron rápidamente; ello constituyó la primera vez desde la invasión soviética de Afganistán en 1979 que tropas rusas cruzaban la frontera de un país independiente.

La respuesta de la Federación Rusa mostró una firme determinación del Kremlin de intervenir, aún fuera de sus fronteras, cuando considera que algún interés nacional, vital y estratégico para Rusia está en peligro.

Esta aventura fallida de Georgia y la reacción de Putin nos llevan a preguntarnos si serán verdaderas las sospechas de Occidente sobre el imperialismo ruso. Pero paradójicamente, teniendo la posibilidad de haber tomado la capital y el país entero, o incluso haber anexado las repúblicas separatistas prorrusas de Osetia del Sur y Abjasia, la pregunta que surge es: ¿por qué Putin no se animó a dar ese paso en un país que inició las acciones bélicas contra los osetios y que no pertenecía a la OTAN?

Tal vez, la explicación pueda ser la misma que hoy ante la guerra de Ucrania, y es que Rusia está actuando de manera defensiva y preventiva, protegiendo sus intereses nacionales, en una zona donde siempre tuvo influencia históricamente y que es vital para la seguridad de sus fronteras.

Luego de la guerra en Georgia, la Unión Europea pensó nuevas vías para cercar a Rusia y acercarse a las repúblicas postsoviéticas. En 2009, por una iniciativa de Polonia y Suecia, la Unión Europea propuso la firma de un Acuerdo de Libre Comercio (ALECA) con Ucrania, Moldavia, Armenia, Georgia, Bielorrusia y Azerbaiyán. La reacción del presidente Putin fue reflatar el fracasado proyecto de integración regional de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) para lograr la postergada y anhelada unión económica eurasiática del Kremlin.

En esas repúblicas, donde los dirigentes tienen que hacer el mismo equilibrio político entre Rusia y Occidente que realizan los presidentes ucranianos, cualquier cambio en una u otra dirección puede terminar desestabilizando al país.

Más allá de la inspiración institucional o del tipo de normas que en algunos momentos pueden estar más cercanos a la Unión Europea, como en la Ucrania de Yushenko, «su inspiración económica debe seguir siendo multipolar: los intercambios con Rusia pueden ayudar al país a salir de la encrucijada» (Vercueil, 2018, p. 79).

Comentando el acontecimiento de la Revolución Naranja, el expresidente checo Havel sostenía en una entrevista en *Le Monde*, en febrero de 2005, que:

Rusia no sabe exactamente dónde empieza, ni dónde termina. En la historia, Rusia se extendió y se redujo. Cuando convengamos tranquilamente donde termina la Unión Europea y donde empieza la Federación Rusa, entonces la mitad de la tensión entre las dos desaparecerá [...]. De hecho, la línea de fractura pasa a lo largo de Ucrania. Ucrania es un gran país que, durante mucho tiempo, parecía no saber dónde situarse. Quince años después de la caída del muro, Ucrania parece indicar hoy que se inclina hacia el mundo euro-atlántico. No creo que los occidentales hayan captado la importancia de la Revolución Naranja. (Meyer, 2007, p. 576)

El único que parece que sí entendió la importancia de esta Revolución Naranja para el interés nacional ruso, como así también la importancia de las otras «revoluciones de colores» por esos años, en Georgia y Kirguistán, fue el presidente Vladimir Putin, que enseguida calificó de injerencia occidental en el «extranjero cercano» de Rusia el apoyo de Estados Unidos y la Unión Europea a esos movimientos, y utilizó herramientas de «poder blando», como el cierre del paso del gas hacia Ucrania y Europea en pleno invierno de 2006.

Esta «extorsión» de la diplomacia hidrocarburífera de Putin es la única alternativa que tenía Rusia para presionar a Ucrania y Europa, a la que exporta más del 50 % del gas que consumen los europeos.

En esa coyuntura conflictiva, quien salió beneficiado fue Bielorrusia, porque Putin le aseguró una baja del precio de gas y lo dejó a USD 100 cada metro cúbico, cuando los europeos estaban pagando USD 260, en un momento de aumento exponencial de los precios de los *commodities*. Ello permitió que Rusia llegara a constituirse como la décima economía del mundo por esos años.

No obstante, esas medidas también fueron acompañadas por una retórica cada vez más nacionalista en su segundo mandato. En abril de 2005, tal vez como consecuencia de la Revolución Naranja, Putin pronunció su frase más famosa y alarmante para Occidente, «la disolución de la Unión Soviética fue la mayor catástrofe geopolítica del siglo xx»¹.

Muchos analistas y funcionarios europeos y estadounidenses tomaron esta frase como un deseo imperialista de Putin por restaurar la antigua URSS, aunque el presidente ruso es consciente de las limitaciones que implica un proyecto de esa magnitud, y su imposibilidad fáctica. De hecho, parafraseando al general Lebed, reconoció que quien no extraña a la Unión Soviética no tiene corazón, pero quien quiera restaurarla no tiene cerebro.

En ese mismo discurso sobre el estado de la nación, Putin también se refirió al drama de los 25 millones de rusos que quedaron viviendo fuera de la frontera rusa cuando se produjo el colapso de la URSS.

Otro de los aspectos que marcan el cambio en la política exterior, iniciado por Yeltsin pero intensificado por Putin, está relacionado con una activa política de repatriación de esos rusos emigrados. El Kremlin empezó a exigir a los países postsoviéticos que protegieran a las minorías rusas, «implementando una política de repatriación que en 10 años logró que 8 millones de personas vuelvan a asentarse en la Federación Rusa» (Clement y Paillard, 2009, p. 183).

Como sostiene Marcelo Montes:

... es importante testimoniar la magnitud del impacto de la caída de la URSS en la identidad nacional rusa. Para algunos autores, la «desovietización» de la sociedad rusa representó algo parecido a un cambio de civilización, que supuso una especie de «victimización» del pueblo ruso. Para otros, los rusos no pudieron reasumir su nacionalidad de inmediato, tras 1991, porque sencillamente ha-

¹ Discurso del 25/4/2005 dirigido al Parlamento Ruso. http://archive.kremlin.ru/appears/2005/04/25/1223_type63372type63374type82634_87049.shtml

bían desaparecido como nación. La identidad nacional rusa quedó definida por la negativa: eran rusos todos los ciudadanos de la Federación Rusa que no fueran miembros de otras etnias. (2012, p. 4)

De las repúblicas postsoviéticas, la única en la que las minorías rusas nunca tuvieron grandes inconvenientes y la que manifestó algún deseo de reunificación con Rusia fue Bielorrusia, que en 1996, mediante un acuerdo entre Yeltsin y su presidente Lukashenko, firmaron un tratado de amistad, cooperación y una unión aduanera.

Igualmente, esta alianza con Bielorrusia, que vemos hoy consolidada en la guerra con Ucrania, no siempre pasó por buenos momentos. En varias oportunidades, Putin se vio obligado a utilizar el «poder duro», además de su diplomacia de extorsión hidrocarburífera al amenazar con el corte de suministro de gas al país vecino.

Incluso cuando se realizaron protestas ciudadanas masivas en Bielorrusia, la influencia rusa se vio debilitada en Minsk, por lo que el Kremlin tuvo que asistir a su aliado Lukashenko, con ayuda militar y económica para salvar a su gobierno.

Para Morales Hernández:

... este «poder duro» parece ser utilizado por Rusia como alternativa a la ineficacia de su «poder blando»; el cual, pese a sus esfuerzos propagandísticos, se ha demostrado insuficiente para contrarrestar la capacidad de atracción de la UE entre gran parte de los habitantes del vecindario común. (2020, p. 458)

Los diferentes intentos de Estados Unidos y la Unión Europea de cercar a Rusia durante el último tramo del siglo xx y las primeras décadas del siglo XXI tuvieron un correlato histórico en la percepción de Rusia como una amenaza, por lo menos desde fines del siglo XVIII.

Al respecto, Gutiérrez del Cid nos dice:

... la participación de Estados Unidos en los asuntos europeos a lo largo del siglo xx, la creación de un espacio euroatlántico y finalmente la creación de la Unión Europea (UE) pueden interpretarse como resultado de las aspiración de las potencias marítimas a equilibrar la vulnerabilidad de Europa con la masa terrestre oriental y euroasiática. (2017, p. 360)

La visión geopolítica occidental contemporánea no pareció diferenciarse tanto en este sentido de la máxima de Halford Mackinder: «Quien gobierne en Europa del Este dominará el Heartland; quien gobierne el Heartland dominará la Isla-Mundial; quien gobierne la Isla-Mundial controlará el mundo» (Mackinder, 2010, p. 427).

Ese mismo espíritu estuvo presente en las políticas de contención a la URSS en la Guerra Fría, para negarle la posibilidad de conseguir aliados en Europa Occidental, y la continuidad de esa visión geopolítica se materializó con la disolución del imperio soviético y la separación de Europa del Este de Rusia a partir de la ampliación de la Unión Europea y la OTAN. El objetivo final de

máxima de Occidente con respecto a Rusia podría ser lograr su desintegración final en diferentes regiones autónomas (Brzezinski, 1997).

De esa forma percibe la Federación Rusa la amenaza de Occidente a sus propias fronteras, a partir de la expansión de la Unión Europea y de la OTAN, como así también muchas de las iniciativas provenientes de Estados Unidos y de Europa, como la intención de Bush de crear un nuevo sistema misilístico en 2007 en Europa del Este. Creemos que la invasión rusa a Ucrania no escapa a esa lógica y a esa percepción de las amenazas que tienen los rusos sobre su propio territorio.

4. 2014: año I de la guerra actual

Los ciudadanos ucranianos en la Posguerra Fría se acostumbraron a realizar protestas, a movilizarse en contra de la corrupción, a pelear por lo que consideraban justo para el futuro de su país. De esa participación ciudadana, apoyada por las élites nacionalistas, surgen la Revolución Naranja de 2004 y el Euromaidán, diez años después, en 2014.

En 2013 el presidente Víktor Yanukóvich estaba cumpliendo con la equidistancia exigida a Ucrania, entre Rusia y Occidente, pero negociando a la vez con ambos. En diciembre de ese año, dio por concluidas las negociaciones con la Unión Europea, lo cual extinguió la posibilidad de lograr un acuerdo de libre comercio que beneficiara a Ucrania.

En ese mismo momento, viajó a Moscú para entrevistarse con Putin, y aceptó su oferta de exportar gas natural a Ucrania a precio reducido y un préstamo de quince mil millones de dólares para ayudar a su gobierno.

La balanza ucraniana cayó nuevamente del lado ruso y las protestas de los proeuropeos, principalmente estudiantes, que anhelaban un acercamiento a la Unión Europea, se intensificaron en la plaza céntrica del Maidán en Kiev.

El gobierno reaccionó reprimiendo a los manifestantes, lo que provocó varios muertos. Las protestas, la presión de los medios de comunicación locales e internacionales, y la opinión pública forzaron a Yanukóvich a abandonar el gobierno, y escapar a Rusia el 21 de febrero de 2014.

Luego de un corto período de transición, el 25 de mayo de 2014, se realizaron nuevas elecciones y triunfó el oligarca Petro Poroshenko, con una visión pro-europea. Inmediatamente después del Euromaidán, surgió una contrarrevolución en el este y en el sureste de Ucrania.

Los ciudadanos de la península de Crimea, y de los óblast de Lugansk y Donetsk en la región del Donbass, donde Yanukóvich había obtenido entre el 70 % y el 90 % de apoyo en las elecciones presidenciales de 2010, comenzaron con un movimiento de resistencia a Kiev y denunciaron al Euromaidán como un golpe de Estado nacionalista apoyado por Occidente. Como ya desarrollamos en el artículo anterior publicado por esta revista, Crimea perteneció a Rusia desde 1783 hasta 1954, y sus habitantes son prorrusos en su mayoría.

De manera progresiva, militares y ciudadanos armados fueron tomando los edificios públicos y las bases militares de la península. Luego de un referéndum organizado por autoridades rusas, y sospechado por Occidente, realizado el 18 de marzo de 2014, el 96,7 % de los votantes eligieron que Crimea pasara a ser parte integrante de la Federación Rusa, desconociendo a las autoridades ucranianas.

Vladimir Putin, que fomentó el separatismo, anexionó formalmente la península de Crimea a Rusia, considerándola una parte inalienable de su territorio y «tierra santa» para los rusos. En sus declaraciones públicas, ante las críticas de la comunidad internacional, comparó la situación de Crimea con la de Kosovo, que era en 1998 una provincia serbia.

Al respecto, Putin manifestó en una conferencia de prensa internacional, marcando la hipocresía de las potencias occidentales, lo siguiente:

Nuestros socios occidentales encabezados por Estados Unidos prefieren guiarse en política internacional por el derecho del más fuerte, creen que solo ellos pueden tener la razón. Aquí y allá utilizan la fuerza contra países independientes, hacen aprobar las resoluciones que necesitan de las instituciones internacionales o simplemente las ignoran, como lo hicieron en Yugoslavia. (Fernández, 2014)

La península de Crimea y la ciudad de Sebastopol en particular son enclaves estratégicos para Rusia porque desde ahí se permite tener mayor control sobre el mar Negro y establecer con su flota un dique de contención sobre las costas de Bulgaria, Rumania y Turquía, que forman parte de la OTAN.

En 2018 Putin inauguró el Puente de Kerch, uno de los más largos de Europa, que une Rusia con Crimea, y permite el suministro de armas y alimentos a la población. Pero además este puente tiene un valor estratégico fundamental porque bloquea el ingreso de los barcos graneros ucranianos al mar de Azov. Por eso en la guerra que se está desarrollando actualmente, tiene un valor geopolítico fundamental la ciudad de Mariupol, debido a que le da continuidad territorial desde Crimea hacia la región del Donbass.

Desde que asumió el poder en 2000, Putin sostuvo en diversas ocasiones que la guerra de Crimea de 1854 era motivo de orgullo moral y religioso para la identidad nacional rusa. Por ese motivo, apoyó personalmente al Centro de la Gloria Nacional de Rusia en 2006 cuando organizó un Congreso sobre la guerra, al que asistieron muchos nacionalistas rusos de Crimea y Sebastopol (Figes, 2012).

El caso del separatismo del Donbass no solo tiene que ver con una cuestión idiomática, por las políticas de discriminación lingüística hacia el idioma ruso, el más hablado en esa región, y en gran parte de Ucrania también, sino que está relacionado con cuestiones económicas. Donbass fue una región históricamente minera, que para 2013 aportó un 20 % del PBI ucraniano, lo que representa solamente el 5 % de la población del país. Los separatistas prorrusos de esta región han

venido denunciando también una discriminación económica sobre la base de lo que aportan a todo el país.

Los grupos separatistas proclamaron la independencia, en abril de 2014, de las Repúblicas populares de Lugansk y Donetsk; ello dio comienzo en ese momento a la guerra en el este ucraniano.

Con los Acuerdos de Minsk I y II, de septiembre de 2014 y febrero de 2015, se acordó un cese del fuego en el Donbass, la celebración de elecciones, la desmilitarización y el intercambio de prisioneros. Sin embargo, nada de esto sucedió, y la guerra continuó en el este ucraniano, lo cual provocó, según diferentes estimaciones, más de catorce mil muertos, entre civiles y militares.

En septiembre de 2018, Rusia propuso en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas desplegar una misión de paz de la ONU en el este de Ucrania, luego de denunciar la violencia ejercida por el gobierno de Poroshenko sobre la población prorrusa de la región del Donbass, pero los países occidentales y la propia Ucrania se negaron a esa medida.

Conclusiones

Como primera conclusión, estamos en condiciones de afirmar que, sea cual sea el resultado de la guerra desde lo estrictamente militar, la política exterior estadounidense y europea, al sancionar económica y financieramente a la Federación Rusa, está logrando como consecuencia no deseada un acercamiento más estrecho entre China y Rusia.

Queda claro que el gigante mercado chino se configura a partir de ahora como principal destino de las exportaciones rusas, lo cual aumenta la dependencia económica del Kremlin con respecto a China.

Por otro lado, alrededor de la influencia China y acompañando a los rusos, pueden ubicarse otros actores menos relevantes pero críticos con el sistema internacional actual, con capacidades y atributos de poder para desestabilizarlo, que seguramente buscarán la creación de un orden económico y político alternativo al capitalismo occidental.

Pero no solo en el plano económico tendrían consecuencias estas sanciones, ya que, en el largo plazo, podría reforzarse la identidad nacional rusa, que siempre fue un híbrido entre Europa y Asia, entre la herencia bizantina y la mongola, como una potencia asiática y abandonar cualquier rasgo de pertenencia europea.

Otra de las conclusiones que podemos observar es que, en el debate donde participan los decisores de política exterior, los académicos y teóricos de las relaciones internacionales de todo el mundo, no surgió ninguna interpretación novedosa con respecto a las causas del conflicto, ya que son los mismos términos del debate que se produjo en 2004 con la Revolución Naranja, en 2008 con la «Guerra de los Cinco Días» entre Rusia y Georgia, y que se repitió en 2014 con la anexión rusa de Crimea y la consecuente guerra civil en el Donbass.

La discusión sigue girando sobre si el mayor protagonismo de Rusia en el escenario internacional está relacionado con una ideología nacionalista y una política expansionista sobre el espacio postsoviético, basada en una historia mítica del Estado ruso por parte de Putin, o si en realidad su política exterior obedece a una postura defensiva, donde Rusia se ve amenazada en sus intereses y territorio nacionales por Occidente, y actúa en consecuencia con esa situación.

Este debate entre los analistas, y las dos posturas contradictorias que surgen de él pareciera ser una reedición del debate clásico entre las dos escuelas de la contención estadounidenses del realismo de George Kennan (1947) y de lo postulado en el NSC-68 por Paul Nitze (1990).

En ese entonces, el objetivo era intentar prever las verdaderas fuentes del comportamiento soviético y su alcance real en la Guerra Fría, y hoy ocurre algo similar entre los que consideran que el expansionismo ruso (y antes soviético) es limitado a su esfera de influencia, basado en sus recursos de poder estatal, y motivado en razones de inseguridad histórica de sus fronteras, tal como lo pensaba Kennan (1947), o, por el contrario, su expansión es ilimitada al querer reconstruir el Imperio soviético, basándose en un elemento heterogéneo del sistema internacional como el nacionalismo exacerbado de Putin (para el NSC-68 durante la Guerra Fría, era la ideología comunista) (Nitze, 1990).

Debemos concluir además que, cuando se llega a una guerra, es porque fallaron todos los sistemas de prevención, se agotaron todas las instancias previas de negociación, y la culpa siempre es compartida. No se puede echar culpas y demonizar a un único actor del sistema internacional en una guerra que no es entre dos Estados solamente, más allá de las formalidades, porque se generalizó y se convirtió en un conflicto regional, que todavía amenaza en convertirse en una guerra global.

Los rusos son culpables porque no agotaron la utilización de recursos de «poder blando» y la vía diplomática para intentar conseguir algún reaseguro y protección para las poblaciones prorrusas del este ucraniano y algún compromiso por parte de Ucrania de no adherirse a la OTAN.

El presidente Zelenski también es uno de los grandes responsable del inicio de esta guerra, puesto que, al igual que Saakasvili en el 2008 en Georgia, se dejó llevar por las promesas de los líderes y organizaciones occidentales, y dejó de lado la tradicional función de equilibrio de Ucrania entre Rusia y Occidente, a partir del reconocimiento de una soberanía nacional limitada y condicionada desde el oeste y desde el este, tanto dentro como fuera de las fronteras de su país.

Creemos que deberían tener un párrafo aparte en cuanto a las responsabilidades en el estallido de la guerra Estados Unidos y Europa, que implementaron una política sistemática de ampliación y expansión de la OTAN y la UE hacia el este y dejaron de lado la necesaria prudencia política.

Esa política comenzó en 1990 con la participación de la Alemania unificada en la OTAN, y la promesa incumplida por el secretario de Estado Baker a Gorbachov, que en ese momento le aseguró que la organización atlántica no se extendería hacia el este más allá de las fronteras alemanas.

Las últimas expansiones de la OTAN hacia el este fueron en 1999, cuando se incorporó Polonia, Hungría y República Checa, importantes ejes en Europa Oriental del disuelto Pacto de Var-

sovia, y luego en 2004 cuando se adhirieron Bulgaria, Rumania, Eslovaquia, Eslovenia, y los tres países bálticos: Letonia, Estonia y Lituania.

A partir de estas últimas incorporaciones en 2004, que coincide con el inicio del segundo mandato de Putin, la OTAN entabló negociaciones con otros países que habían pertenecido a la URSS, como Georgia y Ucrania, lo que intensificó las tensiones con Rusia.

Hoy, con el discurrir de la guerra, se abre una caja de pandora en todo el vasto espacio euroasiático, sobre todo a partir de las negociaciones de Suecia, Finlandia y Moldavia de incorporarse a la OTAN. No se puede prever la reacción de Rusia, más allá de las advertencias discursivas sobre el uso de la fuerza que emplearía, si esto llegara a concretarse en los tres países o incluso en otros.

Como sostiene Mariano Caucino, «Occidente parece seguir rechazando la idea de “soberanía limitada” de los países integrantes del ex espacio soviético y, provocativamente siguió “estimulando” la incorporación de esas naciones a la OTAN» (2015, p. 445).

Fueron momentos de revoluciones de colores en ambos países, fomentadas por Occidente, que no aprendió mucho de esas experiencias porque las volvieron a replicar en la llamada Primavera Árabe de 2011, también con resultados que no fueron previstos, como el resurgimiento del fundamentalismo religioso y la instauración del Estado Islámico.

A pesar de que, en los años noventa, muchos analistas internacionales estadounidenses aconsejaban la expansión de la UE y la OTAN hacia el este, aprovechando la debilidad rusa, a partir de la recomposición del poder ruso a comienzos del siglo xxi, esos mismos analistas comenzaron a cambiar de opinión, sobre todo alrededor de 2014 con la anexión rusa de Crimea, ante el riesgo de provocar una guerra generalizada.

Uno de los grandes teóricos contemporáneos del realismo ofensivo en las relaciones internacionales, John Mearsheimer, alertó en 2015 que sería un gran error de Occidente armar a Ucrania porque solo iba a lograr una escalada en el conflicto. Sostuvo además que Ucrania debería convertirse en un país neutral para amortiguar las diferencias entre la OTAN y Rusia, y puso como modelo la neutralidad austríaca durante la Guerra Fría. También le recomendó a Estados Unidos y a sus aliados que deberían trabajar juntos con Rusia en el desarrollo de la economía ucraniana (Mearsheimer, 2015).

Por su parte, Kissinger, durante los primeros meses de la crisis en el Donbass, afirmó:

... muchas veces la cuestión ucraniana se mostró como un dilema: si Ucrania debía integrarse al Este o a Occidente. Pero si Ucrania quiere vivir y desarrollarse, no debería recostarse hacia un lado en contraposición con el otro, sino que debería funcionar como un puente entre ellos. (citado en Caucino, 2015, p. 434)

El propio Brzezinski en marzo de 2014 creía que Ucrania no debería formar parte de la OTAN, aunque sí dejaba abierta la posibilidad de que pudiera ser parte de la Unión Europea. Lo decía en estos términos:

... la solución definitiva para Ucrania sería convertirse en algo así como Finlandia con respecto a Rusia; es decir, mantener una relación en la que haya tanto relaciones económicas abiertas con Moscú como conexiones en expansión con la Unión Europea, pero sin participar en ninguna alianza militar. (Brzezinski, 2014)

Un último factor al que deberíamos prestar atención es la evolución de las ideas y el avance de los dirigentes paneslavistas y neoeuroasianistas en Rusia, más allá de la política exterior de Putin, porque esas ideas son una constante en la historia rusa, que abarca desde el zarismo hasta el actual régimen, pasando por el Imperio soviético, con diferente intensidad de acuerdo a las circunstancias históricas de cada época.

Ante una crisis aguda como la actual, y de acuerdo a los resultados de la guerra, pueden llegar a surgir líderes con ideas racistas, xenófobas y expansionistas que reemplacen a Putin y terminen instaurando en Rusia un régimen totalitario, mucho más duro que el actual. Es algo que nos parece que deberíamos seguir muy de cerca.

En este sentido, Alexander Dugin, uno de los principales teóricos del eurasianismo actual, y uno de los intelectuales que más ha influenciado en el pensamiento geopolítico de Putin, sostuvo al inicio de la guerra, a través de sus redes sociales, algunas de las ideas que ya había expresado en su libro *Proyecto Eurasia*: que Rusia estaba creando un campo de resistencia global y las condiciones previas para una multipolaridad real (Dugin, 2016).

Para finalizar, me gustaría concluir con una frase del historiador Mijail Pogodin, que, cuando estalló la guerra de Crimea, en 1854, expresó el pensamiento geopolítico más cabal de la inseguridad histórica de las fronteras rusas y la necesidad de defenderse: «Si Rusia no avanza, retrocederá; esa es la ley de la historia» (citado en Figes, 2012, p. 157).

Referencias

- Brzezinski, Z. (1997). *El Gran Tablero Mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Paidós.
- Brzezinski, Z. (5 de marzo de 2014). La OTAN debería desplegar tropas en Europa Central. *Diario El País*.
- Caucino, M. (2015). *Rusia actor global. El renacer de un gigante y la inquietud de Occidente*. El Estadista.
- Clément, C. y Paillard, D. (2009). *Diez miradas sobre la sociedad rusa actual*. En Radvanyi, J. y Vidal, D. (coords.). *Rusia: de Lenin a Putin*. Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Dugin, A. (2016). *Proyecto Eurasia. Teoría y Praxis*. Hipérbola Janus.
- Fernández, R. (18 de marzo de 2014). Putin firma la anexión de Crimea a Rusia. *El País*. https://elpais.com/internacional/2014/03/18/actualidad/1395125826_603105.html

- Figes, O. (2012). *Crimea. La primera gran guerra*. Edhasa.
- Gutiérrez del Cid, A. (2017). Las claves del conflicto entre Rusia y Occidente después de Crimea y el conflicto con Ucrania. *Revista Foro Internacional* N.º 228, LVII.
- Huntington, S. (1999). La superpotencia solitaria. *Revista Política Exterior*, 13(71), 39-53.
- Hutschenreuter, A. (2011). *La política exterior rusa después de la Guerra Fría. Humillación y reparación*. Areté Grupo Editor.
- Kennan, G. (1947). The Sources of Soviet Conduct. *Foreign Affairs* N° 25.
- Krauthammer, C. (1990). The unipolar moment. *Foreign Affairs*, 70(1), 23-33.
- Mackinder, H. (2010). El pivote geográfico de la historia. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 1(2), 301-319.
- Mearsheimer, J. (25 de septiembre de 2015). *Why is Ukraine the West's Fault?* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=JrMiSQAGOS4>
- Meyer, J. (2007). *Rusia y sus imperios*. Tusquets, Barcelona.
- Montes, M. (noviembre de 2012). *Identidad y política exterior rusa bajo Putin-Medvedev (2000-2012)* [ponencia]. VI Congreso de Relaciones Internacionales del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI) de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP).
- Morales Hernández, J. (2020). ¿Qué fue de la «casa común europea»? Percepciones de Europa en la política exterior de Rusia. *Revista Araucaria*, 22(45), 457-472. <https://revistascientificas.us.es/index.php/araucaria/article/view/13504>
- Otálora Sechague, J. D. (2019). La Ucrania post-soviética a la luz de la geopolítica crítica. *Revista de Estudios Internacionales*, 51(193), Universidad de Chile.
- Nitze, P. (1990). *De Hiroshima a la Glasnot*. GEL.
- Vercueil, J. (2018). Las raíces económicas de la crisis ucraniana. En Richard, H., Achcar, G., Zajec, O., Warde, I., Klare, M., ... Halimi, S. *La nueva Guerra Fría. Rusia desafía a Occidente* (pp. 73-80. Traducción de Recalde, G. *et al.*). Capital Intelectual.